

Réquiem por San Juan de Grijalva

–¿Sabén ustedes dónde estaba yo el día 4 de noviembre del 2007, compadres? Pues no los voy a hacer adivinar. Estaba en San Juan de Grijalva, estado de Chiapas... ¿Qué les parece?

–¡No chingues! Pues estabas con tu culo en el mero infierno, mano. ¿Qué te llevó allá, buey?

–Un par de tetas, mano, debo reconocerlo.

–Pues cuéntanos, carnal... Aquello tiene que haber estado movido. ¿Estarías en la parte alta del pueblo, ya que sobreviviste, no?

–Nada, compadre. Estaba casi en la orilla del río, mirando como llovía y llovía y llovía, que era algo de otro mundo. Tres días dice la gente que no paraba de caer agua. Nunca me había tocado una lluvia tan tenaz...

–Pues ni modo.

–Yo estaba en ese momento mirando y fumando, protegido por un techito de la morada de mi vieja. Recién me había bajado del guayabo, compadres, y me estaba relajando con una cervecita al clima y un pitillo de marihuana, mientras la mujer se dormía entre las sábanas, todavía lanzando sus gemidos...

–Le habrás dado duro, buey.

–Pues supongo, mano. Ese día andaba con muchas ganas, no sé por qué, la lluvia no me pone así, en fin, algo me hurgaba los nervios. A pesar de que todo estaba tranquilo. O mejor dicho, nada. Allá no llegaban las noticias, pero Villahermosa se inundaba en esos momentos, hasta los huevos. Nosotros nos hallábamos en Babia, compadres. No sabíamos del mundo, sólo de coger y coger y de esa agua que no paraba. Un verdadero diluvio de la Santa Biblia, compadres. El río llevaba mucha corriente, aunque no más que lo normal, me parecía, cumpliendo con vaciar una represa en otra, ustedes saben, de Malpaso a Peñitas...

–¿Pero qué vino primero, compadre? ¿Es cierto que hubo una explosión? Dicen que unos cabrones le pusieron dinamita al cerro para cagar al gobierno.

–Puras chingadas, mano... pero había algo raro.

–¿Qué cosa, mano? Cuente. Vamos, tómese otra cervecita y nos informa. Vamos, papito, no sea chingón.

–Tranquilo, buey, no me desesperes. Ya les voy a contar, que me enredo todo.

–Pues mejor te desenredas. Dale, buey, que eres un sobreviviente.

–Con helicóptero me sacaron, manito. Nunca había subido a una de esas cosa, fue terrible. Nunca más, beso la cruz...

–Vamos, compadre, no llores. Estás vivo con nosotros y te apreciamos, mano.

–Pues es que ustedes no se pueden imaginar lo que es ver que en un momento corría el río, el riíto de siempre, cargado aunque tranquilo, llevando toda esa agua de un lago al otro, y de repente, un ruido terrible, terrible, de miedo, la tierra entera que empieza a menearse y veo entonces, veo que el monte entero, a mi lado, se viene abajo compadres. Todo entero, con todo y árboles, son sus rocas y su lodo, con su pasto y sus flores, y todo eso se desarma, como un taco mal hecho, y se cae encima del río y choca con el cerro de al frente...

–¿Y entonces?

–Pues lo primero que noté, esto en cosa de segundos, es que no había más río, que se había formado una muralla de como un kilómetro, compadres, con todo el cerro tapando donde había un río, entonces vino lo peor... No puedo seguir.

–Tómese un trago de cerveza, compadre, no se nos ponga sí de sentimental, que nos va a hacer llorar a todos, que le corren las lágrimas, ¿no?

–Es que ustedes no se pueden imaginar la ola que se levantó, hermanitos. Fue como la furia tremenda del río que pareció lanzarse contra esa mole que le entorpecía el paso, y que no tenía fuerzas para sobrepasar. Y el río se volvió hacia atrás, lo vi crecer y crecer, alzarse, en su furia tremenda, hasta alcanzar una altura como de cincuenta metros, manitos. Como un edificio. Y vi como se formaba una ola inmensa y se lanzaba contra mí, contra el poblado, contra todo...

–¿Y qué hiciste, mano?

–Corrí, compadre, corrí por mi vida cerro arriba. Me olvidé de todo, de mi mujercita en la cabaña, de las demás gentes de San Juan de Grijalva, y corrí y corrí, sólo consciente de ese tremendo monstruo, esa ola demoníaca que se venía tras de mí, implacable, con un rugido horroroso, mientras la tierra seguía temblando y el monte continuaba cayendo y sus restos chocando con el otro cerro, al otro lado del río.

–¿Y la ola lo tocó, compadre?

–Pues me salpicó entero, eso sí, pero yo corría tan enloquecido que no atinaba nada. Cuando paré, exhausto, todavía con la botella de Corona en la mano, ya a salvo, vi como a esa ola seguían otras olas, esta vez más pequeñas...

–¿Y?

–La parte de baja del pueblo no existía, la primera ola simplemente se lo había llevado las veinte casas del poblado, compadres. Era imposible acercarse porque el agua subía y subía, una vez que el río se hubo acostumbrado a no tener paso. Tratamos de acercarnos con otros pobladores de la parte alta, pero era peligroso. Yo había ido allí por la Deyanira, por ella, solo, a caballo. No vi al animal por ningún lado.

–¿No se percataron de gente nadando?

–Estaba oscuro. No se veía nada. Pues a eso llegó la noche y prendimos fogatas en la parte alta. El cerro seguía botando cascajos y la tierra temblaba.

–Fue un hecho natural, manito, ¿no?

–Supongo, creo. Había algo raro, pienso. El monte llevaba varios días haciendo ruido, crujiendo. Yo lo sentí, me extrañó, la gente me decía que era normal, desde hacía años que el monte se quejaba de alguna cosa. Nadie esperaba que ocurriera lo que ocurrió...

–Y tu vieja, ¿apareció?

–Nunca más, manito. Nunca más se supo de ella. Está entre las desaparecidas. Era muy bella la Deyanira, más bien bajita y delgada, un culo redondito nada de grande. Sólo las tetas eran de campeonato, compadre, duras y grandes como melones. Y esos ojos verdes, que yo la miraba y lo único que ansiaba era chuparle sus tetitas. En fin...

–Dicen que van a reconstruir el pueblo.

–Y me voy a ir para allá, manos, quiero ver si la encuentro a la Deyanira...

–No haga tal, compadre, puede que haya otro derrumbe.

–Pues no me importa. Son las culpas, los recuerdos, necesito saber, ¡qué le voy a hacer, manitos! Si no la encuentro, nunca voy a parar de llorarla, hasta el día de la resurrección de la carne...

–Amén, manito.

Bartolomé Leal
Enero 2008